

Rodada

por al barrio más peligroso de Sudáfrica

Pasear por Soweto es radicalmente distinto a cualquier actividad turística en Sudáfrica. Hacerlo en bicicleta es una tarea que requiere destreza física, pero sobre todo fortaleza espiritual y no, no hablamos de fe.

Texto y fotos: Alan Amper

Advertencia: cualquier semejanza con la realidad en México, no es mera coincidencia.



Viajé a Sudáfrica con uno de mis mejores amigos. Una nueva aventura en un lugar lejano; en nuestra imaginación —llena de estereotipos producto de documentales— estaban tribus coloridas vestidas con taparrabos por doquier, pobreza extrema, desencuentros eternos entre razas y muchos animales... salvajes.

El andar por Johannesburgo nos reveló algunas sorpresas: nos advertían que no caminaríamos por la ciudad; cada vez que preguntábamos por algún sitio interesante para conocer nos mandaban a un centro comercial... (sí, puntos suspensivos). Después de sortear la aventura de manejar del lado contrario de la calle, con palanca de velocidades a mi izquierda y todo, propuse ir a Soweto (¡qué osado!), tema delicado por lo que habíamos escuchado antes. Para los que no recuerdan, durante las transmisiones del Mundial

de Sudáfrica 2010, se hablaba que detrás de Ellis Park, sede donde México inauguró la justa futbolística frente a la selección anfitriona, había un barrio histórico que los blancos intentaron esconder y olvidar durante el Apartheid, un lugar en donde los negros “viven” y sienten: Soweto.

Una breve investigación nos reveló otro mundo. Soweto es famoso por ser “muy peligroso” para quienes no son oriundos de ahí, especialmente si su piel es blanca; es extremadamente pobre y no tiene nada interesante que ver. Pero cansados de centros comerciales y mercados hipsters, decidimos hacer un recorrido por esta ciudad en bicicleta. Manejamos poco más de 15 minutos desde Johannesburgo hasta Soweto. Detrás del estadio y un par de montañas de tierra, se rebeló ante nosotros con sus interminables casas, infinitas calles en pequeños montes y en el fondo dos torres coloreadas... así

que barrio, lo que se dice barrio, no es. En nuestras cabezas estaban aún las infinitas advertencias, así que algunos kilómetros antes de llegar cerramos bien el coche, prendimos el aire acondicionado, subimos las ventanas y fijamos nuestra atención en el camino —y las indicaciones del GPS—, no queríamos ser presa de nadie.

Para nuestra sorpresa, tras recorrer el perímetro por algunas calles con baches, o baches con calles, qué sé yo, casas paupérrimas y algunos peatones que nos miraban con atención, llegamos a un jardín donde había infinidad de bicicletas estacionadas, gente descansando en bancas y otros más comiendo gallo, gallina o una especie de guajolote con un cuerno junto al pico (lo nombramos “guajicornio”), al tiempo que varios pájaros-colorados-sudafricanos (les dimos el apodo de “paloma de parque sudafricana”) deambulaban encima de las mesas buscando migas de pan o lo que fuera.

Tras identificarnos y mostrar el recibo digital de nuestro pago, nos ofrecieron un sándwich local, Bunny Chow, que consiste en un bolillo cortado por la mitad, con un espacio cóncavo sin migajón —una especie de cajón— para meter algunas de las cosas que estaban en las ollas del centro del jardín; entre las opciones había estofado de carne, guisado de pollo o curry vegetariano, para acompañar había algunas verduras y salsa de mango-deshidratado-picante extraña. Un conjunto de sabores y texturas que contrastaban de una mordida a otra.

Con panza llena y corazón atarantado emprendimos la aventura, sudando desde el principio; el sol no haría fácil

el camino. El recorrido empezó con una parada en un terreno baldío de una colina al borde de la ciudad —digo ciudad porque ahí viven poco más de cinco millones de personas—. Nuestros guías, carismáticos, comenzaron enseñándonos a saludar a los lugareños con un par de frases simples: “Para saludar decimos ‘hola, hola’ y siempre respondemos ‘shab, shab’”. Después, un par de datos contundentes que nos dejaron helados: aquellas montañas de tierra que se ven a lo lejos, delante de Ellis Park, las construyeron los blancos durante el Apartheid, para no ver, para olvidar, a los negros que viven en el arrabal de Johannesburgo. En otros países aquellos suburbios paupérrimos también se llaman Soweto, pero éste es el original. Aquí hablamos inglés y Fanagalo, una mezcla de zulú, inglés y afrikaans. Al fondo, están las Torres Orlando, funcionaban como planta eléctrica, pero en 1998 las convirtieron en base para *bungee jumping* y un bar; además en la fachada está pintado el mural más grande de Sudáfrica.

Pedaleamos un poco, a veces en pavimento y otras en terracería encharcada, y poco a poco nos sumergimos en un mundo lleno de clichés: niños uniformados que regresaban a casa desde la escuela, con mirada pizpireta, saludaban y sonreían; casas de latón en ambas aceras resguardadas por gente aturdida debido al calor, y uno que otro automóvil que nos pitaba dándonos la bienvenida o pidiendo el paso. La segunda parada fue estremeecedora. Recargamos las bicicletas en una pared de madera vieja y un mar de niños nos rodeó pidiéndonos dinero, tomándonos de la mano, jugueteando con lo que encontrarán que tuviéramos colgando. Ternura, desesperanza, tristeza, frustración, impotencia y asombro. Rápidamente el guía nos llevó por un callejón, de terracería por supuesto, donde estaban las

casas más pobres y sus baños comunales; parecía una producción hollywoodense de esas que dibujan el final del mundo.

Antes de volver a partir, una parada obligada en un “restaurante” típico de Soweto. Ahí sólo entran hombres, quienes en un espacio de poco más de tres metros de largo por uno y medio de ancho, toman un respiro durante la jornada laboral y comen un poco de carne (ni hablar del aspecto, apenas pudimos aguantar el olor), y toman Umqomboti (una cerveza a base de maíz, malta, levadura y agua) que ellos produjeron cuando los blancos no les permitían tomar alcohol occidental. Presentada en cartón no se antoja, pero a decir verdad, es un tanto cremosa y refrescante.

Es difícil asimilar tantas imágenes al mismo tiempo y el calor no ayudaba. Seguimos el camino hasta un conjunto de casas más “monas”. La sorpresa fue saber que todas están deshabitadas; lo que no fue sorpresa es que nadie vive ahí porque el gobierno, y la constructora y los políticos no permiten que la gente tenga un mejor techo.

Es difícil que Soweto suene atractivo, lo sé, sobre todo cuando se utiliza la realidad de gente muy desfavorecida como atractivo turístico, pero mientras más nos adentrábamos en la ciudad, por alguna extraña razón, nuestra confianza (y enojo) era mayor.

Después de un par de cervezas para aligerar el calor, llegamos a una plaza donde la mayor parte de la gente está en silencio, los locales venden suvenires al doble del precio original y un par de guías cuentan una historia aterradora:

en 1976, durante un movimiento estudiantil que luchaba porque el gobierno no impusiera el afrikaans como idioma oficial en lugar del inglés, la policía ametralló y masacró a 566 estudiantes. Ahí, en la plaza, se erige un monumento en honor a Héctor Pieterse, un joven de 12 años que murió en los brazos de Mbuyisa Makhubo.

Un poco de pedaleo por aquí y por allá, pasamos junto a una escuela rodeada de casas de cemento (considerable ganancia en esas condiciones), tomamos una “congelada” con algunas estudiantes de secundaria sonrientes, y seguimos camino a casa de Madiba —conocido mundialmente como Nelson Mandela— quien vivió ahí un tiempo. En Sudáfrica, prácticamente todo, absolutamente todo, tiene una referencia a Mandela. Antes de llegar, pasamos por un pequeño mercado callejero con algunas artesanías muy pintorescas de la gente local, casas de algunos famosos originarios de ahí y de nuevo datos contrastantes: en Soweto sólo viven negros y aquellos que amasan algo de dinero compran coches caros, pues los blancos no venden ningún pedazo de tierra. El Apartheid terminó en 1992 para los libros de historia, pero en las calles de Johannesburgo y Soweto, la realidad es muy distinta. Es difícil encontrar blancos caminando en la calle o trabajando como meseros.

De nuevo a la bicicleta, un par de fotos extra y un sinfín de sentimientos, imágenes y datos que digerir. De nuevo subidas y bajadas, de nuevo basura y baches... unos metros más y estábamos de vuelta donde comenzamos. Después de cuatro horas y algunos kilómetros recorridos, en el auto y con los seguros del coche puestos y las ventanas arriba, regresamos a Johannesburgo satisfechos con la aventura pero desesperanzados con lo que vimos. Avisé, cualquier coincidencia con México, no es mera coincidencia. ☹

El Apartheid terminó en 1992 para los libros de historia, pero en las calles de Johannesburgo y Soweto, la realidad es muy distinta. No hay blancos en la calle.

